

A CONTRACORRIENTE: UNA CONSTANTE ÉTICA, ESTÉTICA Y VITAL EN JULIÁN MARÍAS

Leticia Escardó^a

Fechas de recepción y aceptación: 28 de mayo de 2015, 2 de noviembre de 2015

“Desde Antropología Metafísica por lo menos, mi pensamiento se ha orientado decididamente a investigar la realidad de la persona humana –la única que conocemos directamente– y a descubrir lo personal en muy diversos aspectos de la vida” (Marías, 1993: 12). Este párrafo del prólogo a uno de sus libros me suscitó esta aportación al Congreso Internacional sobre la Propuesta Filosófica en Julián Marías: subrayar un rasgo muy suyo, muy personal, en diversos momentos de su vida.

Ortega, maestro y amigo de Marías, hablaba acerca del deber de comunicar la sabiduría sobre la vida concreta, la ciencia vital por excelencia; decía: “es poco generoso, no devolver esa vida a la vida. Quisiéramos, agradecidos, devolver a la

vida lo que ella nos ha dado, o le hemos arrancado, devolverlo después de meditarlo y aquilatarlo”. Esta devolución aquilatada, sopesada y meditada hizo de forma detallada Julián Marías con sus memorias *Una vida presente* (Marías, 1988a, 1988b, 1988c). Nos vamos a apoyar en sus memorias para este envite; pero cada uno de sus amigos que hemos gozado de su amistoso trato en tantas y tan diferentes ocasiones, que hemos presenciado su vivir durante tantos años, tenemos una perspectiva propia. A mí me ha sorprendido y admirado especialmente esa particularidad tan suya, tan ética como estética, tan personal, de saber vivir a contracorriente. Esto es de vivir, pensar y escribir sin dejarse influir por las modas, ni por los maestros, ni por lo políticamente correcto, ni por las conve-

^a Exdirectora de la revista *Cuenta y Razón*.
E-mail: leticiaescardo@yahoo.es



niencias sociales. Esta actitud de independencia y valor la sostenía don Julián, ni por llevar la contraria, ni por ser original, sino por afirmar su propia convicción, su verdad. Por decirlo de modo alto y claro: sin miedo; a contracorriente. Julián Marías ha tenido la extraña y difícil virtud de ser independiente de la corriente general de pensamiento.

Aunque fuese Marías quien ha subrayado que “lo que nos permitimos pensar y creer está impuesto por vigencias sociales”, también ha escrito y ha dado ejemplo vital sobre la obligación moral de ser fiel al propio proyecto de vida. A la vocación. En su caso desde los tres años hasta el momento final de su vida terrenal. Afirmaba: “Siempre he pensado que hay que mantener ‘fidelidad al futuro’, a los proyectos y empresas, a las metas: soy fiel a lo que quería hacer y ser, y lo sigo queriendo porque no lo he conseguido”. Esta fidelidad a sí mismo le ha hecho nadar a contracorriente en muchas ocasiones, algunas francamente difíciles y peligrosas. Ha nadado en aguas procelosas con el flotador de una conciencia tranquila y con valor, una virtud por Marías muy apreciada, que ejercía con frecuencia.

Un primer ejemplo de esta actitud vital, que tiene su miga, es un autorretrato incipiente de su genio y figura que cuenta Julián Marías en sus memorias. Fue su primera actuación pública. Su madre le había llevado a misa en la iglesia de San Benito de Valladolid. Tenía 3 años. Copio textualmente:

... cuando llegó la comunión del sacerdote, lo vi levantar el cáliz y beber; yo suponía que después le iba a dar al monaguillo, que estaba a su lado; pero empinaba el cáliz y me dio la impresión que se lo iba a beber todo; entonces di una gran voz “No te lo bebas todo: déjale un poco al chico”. Estupor y risas... yo me quedé corrido y avergonzado (Marías, 1988a: 19).

Pero había dicho lo que sentía era su deber decir: con tres años y en un lugar público. Alto y claro.

Ya con veinte años, en noviembre de 1934, estando todavía en la universidad, Marías escribe un artículo en *Cruz y Raya*, tras asistir durante dos meses en Santander al segundo experimento didáctico de la entonces llamada Universidad Internacional. “Cruz y Raya” –dirigida por José Bergamín y fundada por Miguel Artigas, Manuel Abril, José María Cosío, Manuel de Falla, Alfonso García Vadezas, Emilio García Gómez, Antonio Garrigues, Carlos Jiménez Díaz, Antonio de Luna, Juan LLadó, Alfredo Mendizábal, Eusebio Oliver, José María Pardo, José Ramón Manent, Francisco Romero Otazo, Eduardo Rodríguez, José María Semprún, Manuel Torres–. Un elenco de lo más granado del pensamiento español.

Julián Marías tiene 20 años y este es el párrafo final de su artículo:

Interesa a España unir sus universidades en ésta, tan distinta, y velar con cuidado porque no se extinga la posibilidad de mantener en el tiempo presente ese extra-



ño fruto, tan íntimamente vinculado a lo que ha sido Europa, y que es la difícil manera de vivir, humanamente, en la verdad (Marías, 1934: 105).

Las preocupaciones que Marías pone de manifiesto en este primerizo artículo son las que han sido ejes fundamentales de su pensamiento: España, unir, velar con cuidado, mantener, Europa, y esa constante “manera de vivir humanamente en la verdad”. Es preciso recordar que el autor tiene 20 años y en la actualidad del momento, en el marco político de ese tiempo, está pendiente la revolución de Asturias. Sorprende que, en medio del arrebato social y partidista, esta voz se alce por los intereses de España.

Durante la Guerra Civil, en enero de 1939 publica en *Blanco y Negro* un artículo sobre Unamuno que comenzaba: “Hace dos años que se nos ha muerto a los españoles...” y terminaba diciendo:

Pero conviene no olvidar una cosa: y es que Unamuno no está hecho y concluso, ni tampoco su obra, sino que dependen de los demás, de los hombres posteriores. El presente reobra sobre el pasado y lo hace ser de nuevo; pero no por sí, sino en el presente. Lo que una persona es, depende de lo que será, aunque parezca extraño (Marías, 1939: 17).

Marías tiene 24 años y habla claro y alto: “se nos ha muerto a los españoles”: a todos sin distinción de bando. Y habla

de futuro en plena Guerra Civil. Habla de cómo don Miguel se sirve de la ficción novelesca para presentar desde perspectivas distintas el “fondo de la persona”.

En *Hora de España*, dos años antes, en diciembre de 1937, Julián Marías había publicado un artículo titulado “Marco Aurelio o la exageración” y en octubre de 1938 “La pérdida de Dios”¹. Es interesante fijarse en el título y en el momento dramáticamente incivil. Escribe desde un Madrid republicano y sitiado.

A propósito de estos escritos, muchos años después, escribe en sus memorias que Javier Tusell le dijo que había encontrado un artículo suyo: “absolutamente increíble, que estaba estupefacto de que hubiese podido escribirlo y publicarlo en plena guerra civil”. Continúa Marías:

No lo recordaba, me mandó una fotocopia, lo leí al cabo de cuarenta años y no pude menos de pensar que siempre había tenido una veta de insensato, tal vez una leve inclinación al suicidio. Pero lo encontré completamente mío, y caí en la cuenta de que podría volver a escribir así en cualquier situación (Marías, 1988c: 105).

En septiembre de 1939 se convocaron las pruebas para obtener el Premio Extraordinario de Licenciatura a los alumnos que habían terminado la carrera en junio de 1936. Marías acababa de salir de la cárcel, pero como cuenta en *Una vida presente*:

¹ Cfr. Marías (1937: 37-47; 1938: 40-59).



Decidí presentarme. No estaba dispuesto a “olvidarme que tenía una carrera”; sobre todo, no tenía dinero para el título, y el título gratis era precisamente el premio. Se celebró el examen, en un aula del viejo edificio de la calle de San Bernardo —nuestra facultad estaba destrozada—. Morente, recién incorporado a su cátedra y Zaragüeta eran los profesores. Cuando estábamos terminando la prueba, llamaron a Morente de parte del Rector D. Pio Zabala. Me contó Morente en detalle lo que había ocurrido. El Rector le dijo que los falangistas, el SEU en representación suya, habían prohibido que se me concediera el premio, y esto era un conflicto.

Morente astutamente habló y habló, para dar tiempo al tiempo. Al cabo de un rato apareció Zaragüeta con unos papeles. “¿Qué ha habido?”, preguntó Morente. “Se ha concedido el premio a Julián Marías” contestó Zaragüeta. “¿Ha hecho usted público el fallo?”. “Sí”. “Entonces la cosa no tiene remedio”, dijo Morente dirigiéndose al Rector (Marías, 1988a: 285).

Al día siguiente se vetó la lectura de su nombre en el acto académico de apertura del curso. Pero Marías había demostrado una vez más su independencia y su valor.

En 1940 don Julián con un grupo de amigos fundaron Aula Nueva, una pequeña institución de enseñanza para preparar el examen de Estado. Escribe en sus memorias: “Fue, más que nada, una prueba de que se pueden hacer muchas cosas que se consideran imposibles. Gracias a su escasa importancia, a su nula publicidad, fue una isla de total libertad e indepen-

dencia en un mundo radicalmente distinto”. A contracorriente.

En enero de 1941 publica su primer libro, *Historia de la Filosofía*. En el último párrafo escribe Marías:

La historia de la filosofía se cierra en el presente, pero el presente, cargado de todo el pasado, lleva dentro de sí el futuro y su misión consiste en ponerlo en marcha. Tal vez en el tiempo venidero no sea ya ajena a ese movimiento España, que en Ortega ha hecho suya la filosofía (Marías, 1980: 455).

Comenta en sus memorias al recordar ese momento: “Trátese de imaginar lo que era esto en enero de 1941, cuando se pensaba oficialmente todo lo contrario” (Marías, 1988a: 300). Esto es escribir ética y estéticamente a contracorriente.

Durante todo el año 1942 se dedica a rescatar a uno de sus maestros y escribe “apasionadamente” *Miguel de Unamuno*. Cuenta:

Había sido una aventura personal, no el estudio de un “tema”; fue una etapa de mi constitución como escritor y me dejó una huella perdurable. Para entender a Unamuno había puesto en juego lo que procedía del pensamiento de Ortega; pensé que ese libro significaba, entre otras cosas, una especie de reconciliación real de los dos grandes maestros. Pero cuando se trató de publicarlo, empezaron las dificultades. Unamuno era muy mal visto; no tanto como Ortega —al fin y al cabo estaba muerto y era menos riguroso—, pero



en alto grado, especialmente en ambientes eclesíásticos, muy cerrados e incomprensivos, incapaces de ver la significación religiosa, incluso cristiana, de Unamuno. Políticamente era también detestado. Escribir un libro *contra* Unamuno era fácil; *sobre* él, y lleno de estimación y entusiasmo, una empresa descabellada (Marías, 1988a: 334).

Le costó casi un año, pero en 1943 se publicó: a contracorriente. Había dado un paso más en la salvación de la continuidad del pensamiento español.

Terminaba su texto con este párrafo: “A los españoles, tan poco sobrados hasta hoy de sustancia filosófica, nos importa salvar las posibilidades metafísicas que encierra el pensamiento de Unamuno. Es lo que me ha movido a escribir este libro”. Alto y claro: españoles, salvar, metafísica (Marías, 1988a: 333). En el prólogo escrito en una reedición a los 25 años, Marías añade “Al cabo de un cuarto de siglo no parece dudoso que esas posibilidades se han salvado. Hoy Unamuno es un filósofo, y así funciona en la mente de nuestros contemporáneos”.

En 1948 puso en marcha, por invitación de Ortega, el Instituto de Humanidades. Cuenta Marías:

la creación de esta institución absolutamente privada nos permitía realizar trabajos muy nuevos y tener un influjo directo sobre la sociedad española. [...] Mi entusiasmo por la empresa era ilimitado. Lo de menos era lo que aquello tenía de mínima institución; lo decisivo era el carácter in-

novador, fresco, original, de todo lo que allí se hacía y se empezaba a hacer. Lejos de toda rutina, cada curso, cada seminario o coloquio era un hallazgo (Marías, 1988a: 375).

Los coloquios que tanto se han difundido después, allí tuvieron su inicio. Acción innovadora, independiente, a contracorriente, ejemplar.

También en 1948 emprende otra tarea a contracorriente: salvar a Ortega del Índice. En sus memorias cuenta Marías:

habían aparecido varios libros, de autores jesuitas, en los que no se sabía si era más notable la ignorancia o la tergiversación; estaba en marcha una campaña muy bien orquestada, cuya finalidad era que Ortega fuese incluido en el Índice de libros prohibidos. En las normas católicas de entonces, esto significaba que no era lícito para los católicos, sin motivos justificados o una autorización, leer esos libros; en el régimen español esto significaba mucho más: la prohibición de que fuesen vendidos –como en las librerías de la Ciudad del Vaticano–, que se pudieran consultar en bibliotecas, etc. Puede imaginarse el alcance –moral, político e intelectual– que hubiese tenido tal maniobra. Decidí salir al paso de ella (Marías, 1988a: 381-382).

Continúa Marías:

Era menester mostrar con evidencia el desconocimiento y la constante falsificación de esos libros. Fue uno de los trabajos más desagradables de mi vida, porque me producía viva repulsión. Lolita y mis amigos



estaban aterrados. Era indudablemente peligroso. Lolita me pidió que no lo hiciera; con el mayor sentimiento, por una vez obré contra sus deseos: tenía que hacerlo a cualquier precio (Marías, 1988a: 382).

El libro se tituló *Ortega y tres antípodas*, como subtítulo: *Un ejemplo de intriga intelectual*. No era posible su aparición en España. Se publicó en Argentina, en Revista de Occidente, en 1950. Y se pudieron importar 800 ejemplares que duraron seis días. Esto es escribir ética y estéticamente a contracorriente (Marías, 1988a: 382).

En los años sesenta, cuando el mundo de la intelectualidad se volcaba hacia el marxismo comunista, Marías hablaba de liberalismo y democracia. Escribe en *Meditaciones sobre la sociedad española* (Marías, 1966: 37): “Los que para imaginar el porvenir de España miran nostálgicamente a Hitler tienen tanto sentido histórico como los que vuelven sus ojos a Mao. Solo las soluciones europeas y occidentales y actuales son viables”. En el último párrafo de ese libro (cuando faltaban todavía diez años para que terminase el régimen dominante, y por eso tituló ese capítulo “Pasado mañana”) habló de tres posibles empresas colectivas españolas: la primera, su elevación hasta sí misma, hasta su propio nivel, por debajo del cual lleva tanto tiempo, y esto quería decir, sobre todo, elevación del nivel humano, que es el que hace posible el nivel económico; no la hace posible –advertía– la hace inevitable. La segunda empresa era la inte-

gración original de España en Europa y en Occidente, sin mimetismo, sin beatería, sin pasividad. La tercera, la función inspiradora y coordinadora de ese complejo mundo que llamamos hispánico, cuya realidad parece cada vez más evidente y fuerte, cuyo porvenir depende de su coherencia, de su plena posesión por cada uno de sus miembros... En esas *Meditaciones* señalaba, sin embargo, una condición de la que dependía todo, la única que haría posible esas empresas y todas las demás que pudieran imaginarse: la vida como libertad. De eso se trata de escribir alto y claro: a contracorriente.

Cuando el materialismo consumista trató de borrar socialmente el concepto de Dios, Marías fue invitado a participar en el Concilio Vaticano II, escribió:

He tenido el privilegio de asistir a las últimas jornadas del Concilio Vaticano II, es decir de su tercera sesión que terminó el 21 de noviembre de 1964. [...] El cristianismo no da soluciones; da luz para buscarlas. Y esto hay que usarlo, si se permite la expresión, para mirar la realidad, que Dios entregó a la indagación y a las disputas de los hombres.

Prosigue Marías:

Si no me engaño, este es el clima intelectual del Concilio, que significa la apertura del horizonte del pensamiento, al cabo de varios siglos de ortopedia mental. Por eso reina en él un espíritu de alegría y de confianza. Se olvida el temor, se desvanecen fantasmas inconscientes, se desentumece los miembros. Un estremecimiento



de vitalidad recorre el cuerpo entero de la Iglesia militante. Se empieza a ver que la verdad, y solo la verdad, nos hará libres (Marías, 1997: 220).

En el prólogo de *Problemas del cristianismo*, Marías (1979) narra cómo y dónde se engendró este libro:

En agosto de este año (1979) en Colorado, en el Aspen Institute for Humanistic Studies –creado por inspiración del Instituto de Humanidades que Ortega y yo fundamos en Madrid hace treinta años–, a 2.500 metros de altitud, pasé días de trabajo y soledad, de conversación y silencio, de largas caminatas bajo un cielo claro y brillante. Había ido allí con mis preocupaciones personales y transpersonales. Desde varios años ya me inquietaba la manera cómo el cristianismo es vivido en nuestro tiempo.

En el primer capítulo define su preocupación:

Todo el mundo estaría de acuerdo hoy en que hay una crisis religiosa o, más particularmente, una crisis del cristianismo. [...] El núcleo de la cuestión es, a mi juicio, que el cristianismo tiende a no funcionar primariamente como *religión*, sino como otras cosas que “también” es (o puede ser): moral, ideología, interpretación de la realidad, principio de convivencia, fundamento de una sociedad, instrumento de poder... Con enorme frecuencia se pierde la perspectiva justa de la fe. Por supuesto no se la descarta; solamente se la desvirtúa. Se mantiene una creencia “nominal” en Dios, sin detenerse en Él, sin “impleción”

podríamos decir. Se lo toma como “punto de partida” para ir a otras cosas, que son las que de verdad interesan.

La preocupación de Marías por el cristianismo durante los años de plomo del marxismo intelectual –años setenta– le lleva a escribir miles de páginas, actuales, profundas, recomendables, a contracorriente.

En 1980 seguía Marías colaborando en *Gaceta Ilustrada*, pero cada vez se sentía más a disgusto en *El País*. Define su situación:

Desde antes de su existencia había pertenecido al consejo de la sociedad que lo editaba, pero en una junta de accionistas anuncié mi dimisión, que comuniqué en una carta explicativa al presidente, mi amigo de tantos años José Ortega Spottorno. El periódico no anunció mi dimisión ni publicó la carta, tuve que publicarla en “Gaceta Ilustrada”. Seguí colaborando en lo que consideraba “mi periódico” pero con creciente resistencia: mis artículos fueron menos frecuentes.

Había ayudado a fundar el periódico con ideas y con dinero, había escrito más de 90 artículos, claves intelectuales de los años de la transición española. Pero se marchó del consejo de *El País* por pura acción ética y estética, a contracorriente (Marías, 1988a: 185).

Entresaco algunas citas de su libro *El curso del tiempo*, publicado conjuntamente por Alianza Editorial-Caja Madrid-Fundes en 1998, editado en dos volúme-



nes y que es una recopilación de artículos en su mayoría publicados en *ABC*, aunque todas las 1000 páginas son un claro ejemplo de su escritura a contracorriente durante los catorce años del primer mandato socialista.

Donde resulta más claro ese proceso de degradación es en lo que se llama –con expresión de que tanto se abusa, y que empieza a fatigar– la “cultura”.

Estamos en un momento delicado –razón de más para tratarlo con rigor y pulcritud–. En lo que queda de siglo, que es bien poco, España va a decidir entre su plenitud y su decadencia.

Entre tantos hechos desalentadores, se está consolidando en España una tendencia que me hace sentir esperanza de que la vida nacional adquiera una figura adecuada a nuestra condición profunda.

Después de unos años de inesperado equilibrio, razonables en su conjunto, de buena convivencia, se están iniciando en España diversas formas de desmesura que me inquietan profundamente. En los comienzos de la llamada “transición” repetí con varios motivos “los españoles no quieren enfadarse”. Aceptaron inconvenientes, dificultades, ocasionales abusos, con paciencia y casi siempre con buen humor, para no comprometer una convivencia recobrada que empezaba a ser “apacible”, algo no demasiado frecuente entre nosotros... Todos sabemos hasta qué punto han cambiado las cosas en los últimos años. Lo he ido señalando con constancia, con cuidado de justificar lo que se decía... Podría enumerar una larga lista de consecuencias enojosas que esto ha traído para mi modesta persona, pero esto no importa –no

me ha importado nunca, desde mi juventud– y no soy yo quien debe contarlo.

Este Suplemento de la Revista *SCIO* puede ser una buena ocasión para contar, no ya “la larga lista de consecuencias enojosas” que tuvo su personal forma de pensar y escribir a contracorriente, sino el sentido ético y estético que ha dirigido la vida de Marías. Su escritura a contracorriente, sin importarle las consecuencias adversas; su infatigable hacer intelectual independiente, libre, valiente. Su contumaz acción en defensa de la verdad de la que tanto tenemos nosotros que aprender.

Cuando comenzó la “aceptación social” del aborto en el mundo occidental al final de la década de los setenta, habló del error –“monstruosidad” lo llamó– antropológico, no ya –aunque también– religioso, escribió un largo artículo: “Una visión antropológica del aborto”, unas páginas irrenunciables que terminan así: “Por esto me parece que la aceptación social del aborto es, sin excepción, lo más grave que ha acontecido en este siglo que se va acercando a su final” (Madrid, 1983: 14).

Cuando la conciencia individual se intentó disecar al amparo de las estructuras sociales injustas, Marías escribió: *Mapa del mundo personal* (1993) y *Persona* (1996).

Voy a terminar esta breve incursión sobre el rasgo personal ético y estético que a mí más me ha llamado la atención en Marías: su pensar y escribir y vivir independiente. Ya podían ser sus maestros en la universidad agnósticos: él fue



siempre un creyente y fiel cristiano. Bien podían ser durante la Guerra Civil los dirigentes socialistas, o durante el franquismo falangistas: Marías fue siempre liberal. Podía la moda imponer llevar sombrero, o ir años después sin corbata: Marías vistió siempre igual, con chaqueta, corbata y sin sombrero. Sumo a este breve repaso del vivir a contracorriente de don Julián Marías, unas vivencias de las que he sido testigo directo en tantos días que le he visitado en su casa, cuando conversando sobre el próximo número de *Cuenta y Razón* sonaba el teléfono y le oía contestar “No, muchas gracias, me resulta imposible asistir”. Ha rehusado cientos de invitaciones y se ha excusado de muchas más invitaciones sociales “importantes”, sobre la marcha, sin dudarlo. Cuanto más cartoné, más sello dorado en relieve, más rápido era su veredicto: ¡A la papelería! Pero a toda sugerencia de salir a cenar con cuatro amigos en una tasquita clásica a tomar bacalao, siempre estaba dispuesto. Su tiempo era generosísimo para el trato individual y parco para todo acto social multitudinario. Le he visto denegar invitaciones para hablar en televisiones públicas: “¿Para que me den un minuto y medio de tiempo?, ¿Qué se puede explicar de filosofía en cinco minutos? Nada. Pues nada”.

Aparecer, comparecer, reconocimiento social, figurar... no le importaba lo más mínimo. Disfrutar de la amistad, le encantaba. Todos los actos de su vida tenían una actitud ética y estética a contracorriente hasta el final.

En la última entrevista que le hice para publicar en *Cuenta y Razón* le pregunté: “Mirando para atrás, ¿de qué se siente más orgulloso?”. Faltaban pocos días para su desaparición terrenal, y su balance vital –después de una vida tan intensa intelectualmente, tan pensante, tan trabajada; después de dejar escritas miles de páginas memorables– no puede ser más a contracorriente y más ejemplar.

Me contestó: “De no haber dicho mentira alguna desde... Yo tenía 6 o 7 años y mi hermano tres más. Nos prometimos no decir nunca una mentira. Y lo he cumplido”.

Que su ejemplo nos anime a procurar siempre “vivir humanamente en la verdad”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Marías, J. (octubre de 1934). La Universidad Internacional de Santander. *Cruz y Raya*, 99-105 [Hay versión digitalizada en: http://prensahistorica.mcu.es/es/catalogo_imagenes/grupo.cmd?posicion=4&path=4057130&forma=&presentacion=pagina].
- Marías, J. (diciembre de 1937). Marco Aurelio o la exageración. *Hora de España*(XII), 37-47.
- Marías, J. (octubre de 1938). La pérdida de Dios. *Hora de España*(XXII), 40-59.
- Marías, J. (enero de 1939). La significación de Unamuno. *Blanco y negro*, XLIX (18-19, [Número extraordinario]), 16-17 .



- Marías, J. (1950). *Ortega y tres antípodas. Un ejemplo de intriga intelectual. Mad.* Buenos Aires: Revista de Occidente Argentina.
- Marías, J. (1966). *Meditaciones sobre la sociedad española.* Madrid: Alianza.
- Marías, J. (1979). *Problemas del cristianismo.* Madrid: BAC.
- Marías, J. (1980). *Historia de la filosofía* (32ª ed.). Madrid: Revista de Occidente.
- Marías, J. (1983). Una visión antropológica del aborto. *Cuenta y Razón*(10), 9-14.
- Marías, J. (1988a). *Una vida presente. Memorias 1.* Madrid: España: Alianza.
- Marías, J. (1988b). *Una vida presente. Memorias 2.* Madrid: Alianza.
- Marías, J. (1988c). *Una vida presente. Memorias 3.* Madrid: Alianza.
- Marías, J. (1993). *Mapa del mundo personal.* Madrid: Alianza.
- Marías, J. (1996). *Persona.* Madrid: Alianza.
- Marías, J. (1997). *Sobre el cristianismo.* Barcelona: Planeta.
- Marías, J. (1998). *El curso del tiempo.* Madrid: Alianza Editorial/Caja Madrid/Fundes.

